

# EL ALMA FOSIL

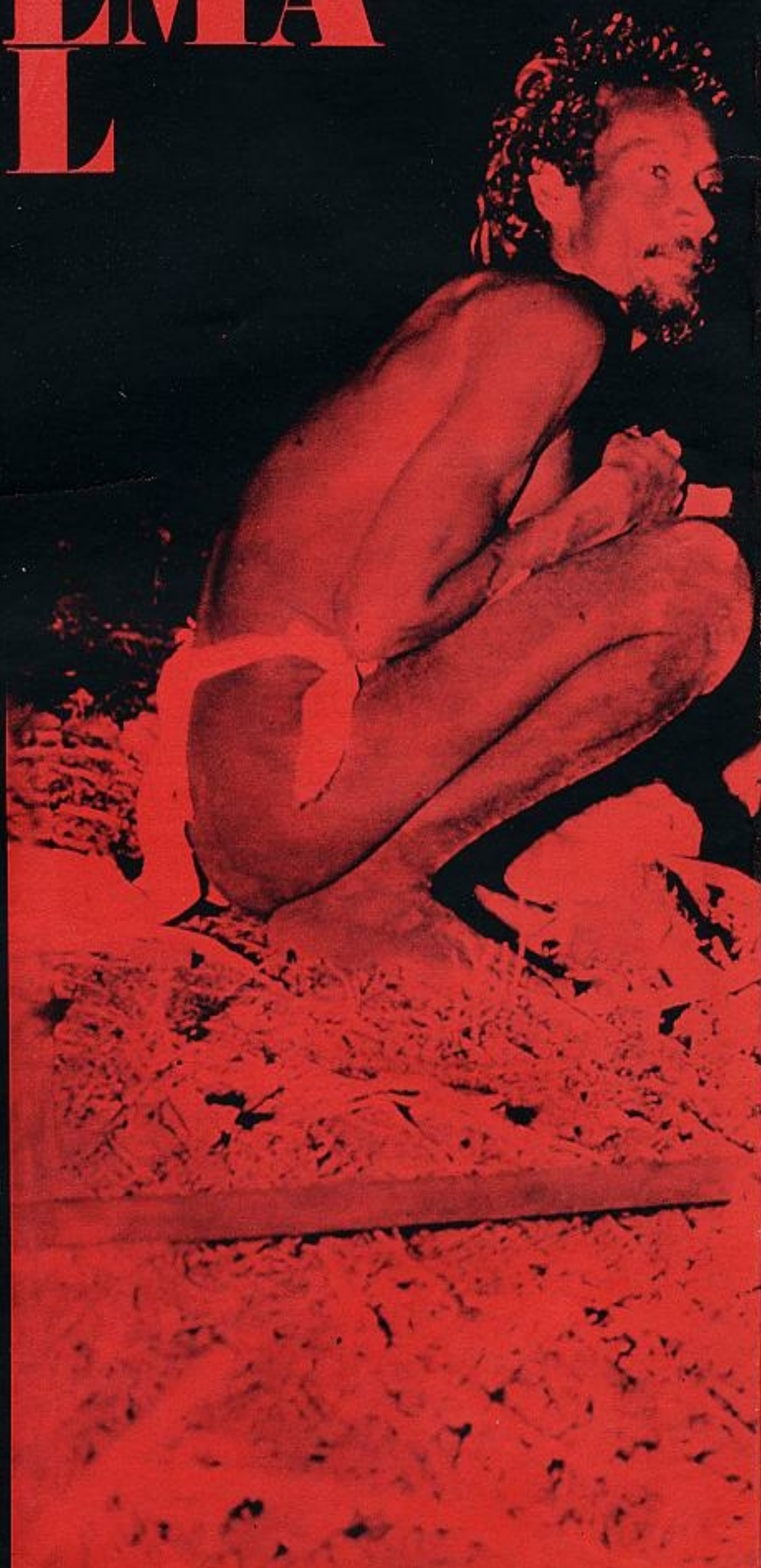
Por **GIANNI ROGHI**

**H**ACIA ya dos días que vivía en su poblado, pero no se podía decir que ya hubiera establecido relaciones de amistad; tuve que admitir que existía algo que no funcionaba. Me habían dejado levantar mi pequeña tienda junto a una de sus cabañas de hojas, consentían tácitamente que fuera a donde quisiera en su campo, que acariciara a sus pequeñuelos, pero evitaban mi presencia. Las mujeres cuando se acercaban a mí se cubrían con una porción de tejido y se refugiaban en las cabañas, los hombres no me sonreían jamás, por la mañana me saludaban con dificultad. Como no había ningún lenguaje posible entre ellos y yo, y no contestaban a mis gestos, no había podido hasta el momento saber si estaban bajo las órdenes de un jefe o de un hechicero; todos iban igualmente semi-desnudos, sin ninguna clase de adorno; sus cabañas eran idénticas. Pero me daba cuenta que cada vez estaban intrigados con intensidad creciente sobre quién era yo y qué era lo que estaba buscando entre ellos.

Durante la tarde del segundo día, sentado frente a mi tienda, aislado, ante la imposibilidad de cualquier coloquio, buscaba una solución, una salida, y recordaba mi llegada a aquella comunidad, intentando hacer memoria si había cometido algún error de psicología o sin quererlo había infringido cualquier tabú. Si me hubiera sido posible explicar a aquellos Birhor que tenía tan grande interés en conocerlos, tal como había podido conocer a otras poblaciones primitivas, para poder comprender y discutir con ellos sobre su existencia, si me hubiera sido posible expresar mis preguntas y las respuestas que esperaba obtener de ellos para comenzar mi larreo discurso **SIGUE**



Naya, el jefe de tribu de los Birhor, en torno al fuego con su familia, frente a la cabaña de hojas. Los Birhor son monógamos y monoteístas, y de la raza pigmea (1,50 m. de estatura).





sobre el problema de los primitivos de hoy, pensaba que tal vez me vería rodeado de simpatía. Pero, ¿cómo construir este puente? ¿Es que tal vez con un paso en falso había perjudicado un posible entendimiento? Por otra parte, sentía el consuelo que no se habían hecho actos hostiles contra mí. ¿Qué esperanza quedaba?

El momento más delicado, al acercarse a una tribu de aborígenes es siempre el primero, la entrada en el poblado. Me había presentado al anochecer, después de un largo viaje por el centro de la India y una pesada marcha a través de la selva, acompañado de un muchacho de raza Ho, armado con arco y flechas. Desde la altura de una colina me había señalado los hilos de humo que salían azulados desde un llano rodeado de bosque más espeso: «Monkey men», exclamó. Era el poblado Birhor, los hombres monos. El muchacho Ho había pronunciado algunas palabras inglesas y ahora repetía «monkey men» riendo, como para darme a entender que él y yo éramos otra especie de hombres, hombres verdaderos, hombres nobles. Pero al acercarse al campo se puso serio y silencioso. La superficie clara era más vasta de lo que nos había parecido desde lejos: un rectángulo de cuatrocientos metros por trescientos, con grandes árboles y matorrales y un riachuelo de color chocolate al medio que desembocaba en un pequeño estanque. Una mujer estaba llenando una tinaja en el torrente, levantó la cabeza, y al descubrirnos, huyó rápidamente. Cerca del límite del poblado el muchacho Ho, hizo señal para que me detuviera y no me moviera. Tenía a la vista un amplio espacio herboso circular, de un centenar de metros de diámetro, y unas quince cabañas dispuestas alrededor del límite de llano, más bien alejadas una de otra. Eran las más primitivas cabañas que jamás observé: pequeños conos de ramas y hojas, de dos metros de altura que con dificultad se distinguían del fondo de malezas. En el centro del llano estaba el árbol más majestuoso de la llanura. El campo parecía desierto.

El muchacho Ho había dejado el arco y las flechas, y con estudiada lentitud, sin mirar a su alrededor, se dirigió hacia una cabaña, se inclinó hacia su entrada, hizo algunos gestos y habló. El coloquio con alguno que estaba en el interior de la tienda había durado un cuarto de hora, y al acabar el muchacho hizo unos nuevos gestos, y volvió hacia mí, anunciándome que las cosas andaban de esta y estotra forma, pero sin conseguir que me diera una explicación clara. Me encontraba de frente con la dificultad característica de tomar contacto, de establecer la primera relación con hombres primitivos. El contraste era revelador: sobrepasando los obstáculos, lingüísticos, políticos, religiosos, raciales, de costumbres, los hombres de nuestro tiempo no tienen dificultad en relacionarse, no experimentan aquella especial perturbación, o aquella sospecha casi animal, al tener delante a un prójimo de distante raza. Un gran salto existe entre nosotros y los primitivos, los paleolíticos o los neolíticos, supervivientes en virtud de su aislamiento, y esta distancia es tanto más profunda, cuanto más larga y rigurosa a sido su separación de nuestra evolución. Ello me recordó otro intento de aproximación sobre el alambre tendido sobre este abismo. Era en las colinas altas de Gabón, con una tribu de pahuin, definidos por algún etnólogo «les derniers cannibales d'Afrique». Estaba solo, y tenía sobre mis espaldas los doscientos kilómetros andados en la selva virgen. Aunque aquel poblado daba la sensación de abandonado, inmerso en un silencio hostil, yo permanecí inmóvil en el límite durante mucho tiempo. Después coloqué mis dones al suelo, y me

retiré al pie del bosque, sentado en actitud de espera. Al cabo de una hora salió de una cabaña un indígena armado con lanza, pintado con ocre rojo, se aproximó con cautela a los regalos, recogió un cuchillo, y entró en la cabaña mayor de los guerreros. De ella salieron, uno a uno, otros indígenas armados y pintados para recoger algo y retirarse en seguida. Finalmente, después de casi unas tres horas que duró este ceremonial, el primero salió para colocar en el lugar de mis dones un pequeño tam-tam. Esperé que entrara de nuevo a su cabaña, después avancé, tomé el tam-tam, y haciendo muchos saludos e inclinaciones, me situé en el punto central de aquel círculo vacío del poblado. Sentado y guardando el tam-tam entre mis rodillas, esperé otra hora, y por fin con mucha lentitud, aparecieron los indígenas varones, y se colocaron a mi alrededor acurrucados. Eran, aproximadamente unos doscientos. Con otras formalidades que duraron toda la tarde, fui oficialmente acogido, admitido por todos, y obtuve hospitalidad en una cabaña que designó el jefe. Tres meses más tarde, un joven americano que tuvo ocasión de conocer en Lambarene quiso repetir mi viaje, pero fue muerto en circunstancias misteriosas; la revista *Life* publicó en su cubierta una fotografía que yo mismo le había hecho cuando estuvimos juntos y que él aprovechó para enviar a su familia.

Con estos Birhor, algo menos temibles, repetí la ceremonia de los dones, y tres de ellos salieron para recogerlos, con gran precaución y sin ofrecer intercambio. Como el sol estaba próximo al ocaso, tuve intención de instalar mi tienda. El muchacho Ho habló nuevamente, y me dijo que podía hacerlo. Muy poco dormí aquella noche, y por la mañana siguiente mi guía se despidió para regresar a su lejano poblado. Desde aquel momento quedé sin intérprete, y comencé entre aquellos treinta y ocho Birhor y yo aquel silencio tan largo y fatigante.

No es extraño que durante aquella segunda tarde experimentara con una dolorosa evidencia, el vacío que se ha ido formando poco a poco, durante los últimos cinco milenios, y con progresiva y dramática intensidad en el siglo actual, entre nosotros y aquellos pocos hombres que circunstancias históricas y situaciones geográficas han tenido apartados del desarrollo tecnológico y espiritual que llamamos civilización. Nosotros y todas las demás poblaciones, razas y grupos mestizos estamos repartidos sobre la larga escala de este mismo tipo de evolución, y nuestros intercambios comerciales, culturales y genéticos tiende a nivelar las diferencias. Únicamente unas pocas poblaciones de primitivos han quedado separadas de este intercambio. Tal vez ninguna de ellas, como ya dije en mi anterior capítulo, no ha dejado de tener algún contacto, por lo menos indirecto, con el resto de la humanidad más o menos civilizada; mas, si algunas han permitido ser injertadas de alguna manera, es decir, dejándose absorber, perdiendo así sus caracteres propios, depauperándose o extinguiéndose en pocos decenios, otras han acentuado, y hecho más terca su actitud de rechazo, su separación. Estas se han convertido, a semejanza de ciertas especies animales, en fósiles vivientes, ejemplos actuales de nuestros progenitores de tiempos remotos.

Desde mi tienda observaba estos pequeños hombres negros, a los que los antropólogos atribuyen un antiquísimo origen, pero ignoran su historia y pensaba que veinte o treinta mil años atrás su poblado presentaría el mismo aspecto; el tiempo no pasa para ellos, o mejor dicho, la evolución y la selección natural habían obrado sobre ellos de una manera más lenta en función de su tenaz

aislamiento, probablemente voluntario, y siempre cerrado en sí mismo. «No sé cuáles fueron las vicisitudes de estos diminutos hombres», dice Carleton Coon, tratando de los pigmeos del Asia Sud-Oriental. «Han formado parte de una soía familia de enanos pituitarios congénitos, una particular subespecie de la galaxia racial negroide, o tal vez son individuos de procedencias diversas, que adquirieron sus caracteres somáticos a causa de hacer las mismas cosas en lugares parecidos».

Conseguí poner aquel puente de relaciones humanas por una circunstancia afortunada e inesperada. Vi de improviso a un Birhor de edad madura, al que no había conocido hasta aquel momento, que salía de su guarida de ramas, arrastrando un pie: herido o enfermo, se apoyaba sobre un bastón. Me acerqué a él, y observé su pie tumefacto. Nadie se ocupaba de él, a pesar que gimiera continuamente de dolor al dar un paso. Consintió que le lavara la herida que supuraba, y él tenía cubierta con estiércol, se dejó hacer una incisión sin soltar un lamento. Por la mañana siguiente, la penicilina había realizado el milagro; el pie había perdido la hinchazón de una manera notable, el dolor y la calentura habían desaparecido. La pequeña operación quirúrgica había sido seguida con una muda expectación por toda la tribu, el polvo blanco que fue repartido sobre la herida y las píldoras que ingirió el enfermo habían provocado comentarios. Cuando por la mañana el Birhor se presentó ante mí espontáneamente, sin bastón, con la sonrisa en sus labios, la tribu se reunió de nuevo, y estaba mirando detrás de él en espera de un nuevo sortilegio. Luego se adelantó una mujer, presentándose a su pequeño que tenía una herida en el brazo. Me convertí en su enfermero, es decir su hechicero, porque no tenían brujo, y así se rompió el hielo. Por fin había descubierto una posible relación, la de la utilidad. Por mi parte, ya tenía la puerta abierta para penetrar en aquel mundo.

Mis repetidos milagros con la penicilina, la buena suerte que les había proporcionado en el primer día de cacería con ellos, como narré en el capítulo anterior, mis maneras reservadas y tranquilas acabaron por conquistar su benevolencia. No habían comprendido mis intenciones, mas en todo caso era una buena persona. Por la noche, cuando preparaba mi cena con el hornillo y sacaba del saco mis provisiones, se situaban a mi alrededor y permanecían de este modo durante todo el tiempo para hacerme guardia.

En especial un joven, que llamé Beethoven, porque en verdad tenía con él mucho parecido, venía cada mañana hacia mí, arrastrándose sobre unas piernas mal desarrolladas, y se tendía al lado de mi tienda. Era inteligente, de buena voluntad, comprendía rápidamente la manera de usar mis utensilios, captaba el significado de mis expresiones, y al cabo de algún tiempo estuvo en situación de hacer el oficio de intérprete cerca de los demás. Yo me expresaba con gestos y señales que él seguía con gran atención, febril, después alargaba sus brazos, asentía inclinando con fuerza su cabeza sobre la espalda, y se disponía a traducir con voz conmovida mientras los demás estaban pendientes de sus labios. Pensé que aquella era la gran ocasión de su vida; era casi inútil para la comunidad, no podía cazar, ni siquiera podía salir con las mujeres para recoger tubérculos en el bosque, solamente podía golpear el tam-tam cuando era la hora del baile; mas ahora era el intérprete del extranjero.

Si se presentara en medio de nosotros un ser especial de aspecto humano, es decir un verdadero hombre, pero mucho más alto y robusto, de color verde, dotado de cosas e instrumentos inso-



Una mujer con sus hijas tejendo cuerda. Acostumbrados a fabricar redes para cazar monos, gamos y pavos, los Birhor han conseguido una habilidad excepcional en esta artesanía, de la que obtienen el único material apto para los intercambios con las poblaciones vecinas. Su sistema de cordelaje es muy primitivo.

pechados (por ejemplo, que tuviera una fuente inacabable de agua en una caja; el efecto que les produjo mi encendedor de cigarrillos fue parecido a esto), y nosotros no pudiéramos sospechar de dónde procedía, suponiendo tan sólo que hacía un viaje partiendo de las misteriosas galaxias, y que manifestara una civilización no sólo superior a la nuestra, sino que nos pareciera incomprendible, no sabríamos hacer otra cosa, tal vez, que quedarnos mirándolo asustados, aunque se pudiera suponer que tuviera buenas intenciones. Y es ésta la situación del hombre primitivo al encontrarse con nosotros: somos los «otros», aunque en realidad seamos tan hombres como ellos. Para los primitivos, en realidad, el concepto de hombre se refiere únicamente a ellos mismos, sin duda a causa de la primordial necesidad de distinguirse de los demás seres vivientes que los rodean, es decir, de los animales. Para los aborígenes önge de una isla de Andamane, también pigmeos proto-australoides, la palabra önge significa solamente hombre, y cuando se les pregunta qué son, de la misma manera que nosotros contestaríamos españoles o italianos, ellos dicen: «m'önge bis», es decir, un hombre. Y Birhor no significa más que hombre del bosque. Cuando pregunté a los Birhor cómo me definían, su contestación fue «cianduhor», hombre de la Luna. En un poblado papúa de una región inexplorada de Nueva Guinea (era la primera vez que los in-

dígenas veían a hombres blancos), el oficial holandés que me acompañaba y yo fuimos recibidos como jefes nobles difuntos, que habíamos perdido el color en el cielo y descendidos milagrosamente, puros espíritus reencarnados; y como a tales recibimos honores funerarios en forma de cantos, danzas y desagradables banquetes durante un par de días. En estas circunstancias, la relación espiritual entre nosotros y los primitivos tienen un sentido único, lo mismo que sucedería a la inversa entre nosotros y el ser galáctico suprinteligente o tal vez supertécnico.

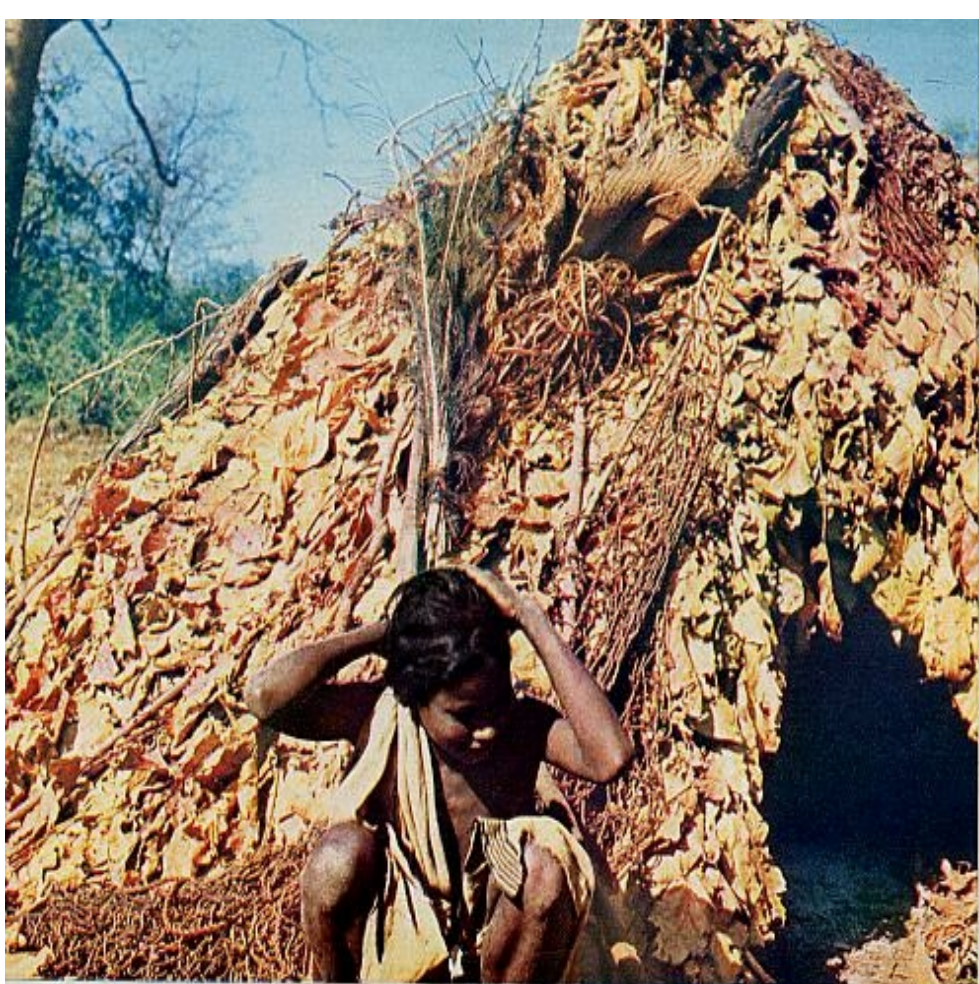
El primitivo se da cuenta de que no puede ofrecer nada. Por este motivo los Birhor no habían correspondido a mis dones, mientras que el pequeño tam-tam de los pahuin no había sido más que una pequeña señal, de valor material modesto, de «libre ingreso». Los primitivos tienen un culto para los dones recíprocos, es una costumbre que se encuentra en la base de todas las relaciones intertribales: si yo te hago un don, tú tienes que hacerme otro, de un valor no inferior, pero tampoco superior, porque ello representaría una afrenta. Algunas guerras sangrientas se han desencadenado, aun en tiempos recientes, entre poblaciones aborígenes, por cuestiones de dones mal intercambiados. Pues bien, con el hombre de la Luna, el primitivo no se considera obligado a respetar esta costumbre que informa completamente su vida social y sus rela-

ciones con los pueblos vecinos: es éste el indicio más claro, según mi opinión, de que se consideran fuera de todo posible terreno de encuentro. Lo observan aturridos, preocupados y atemorizados, consecuencia de la reacción salvaje de quien tiene miedo; están dispuestos a recibir cuanto materialmente útil pueda serles proporcionado, pero se sienten de otro planeta, no suponen posible colquio alguno, y ni siquiera se les asoma la idea de que puedan ser seres iguales.

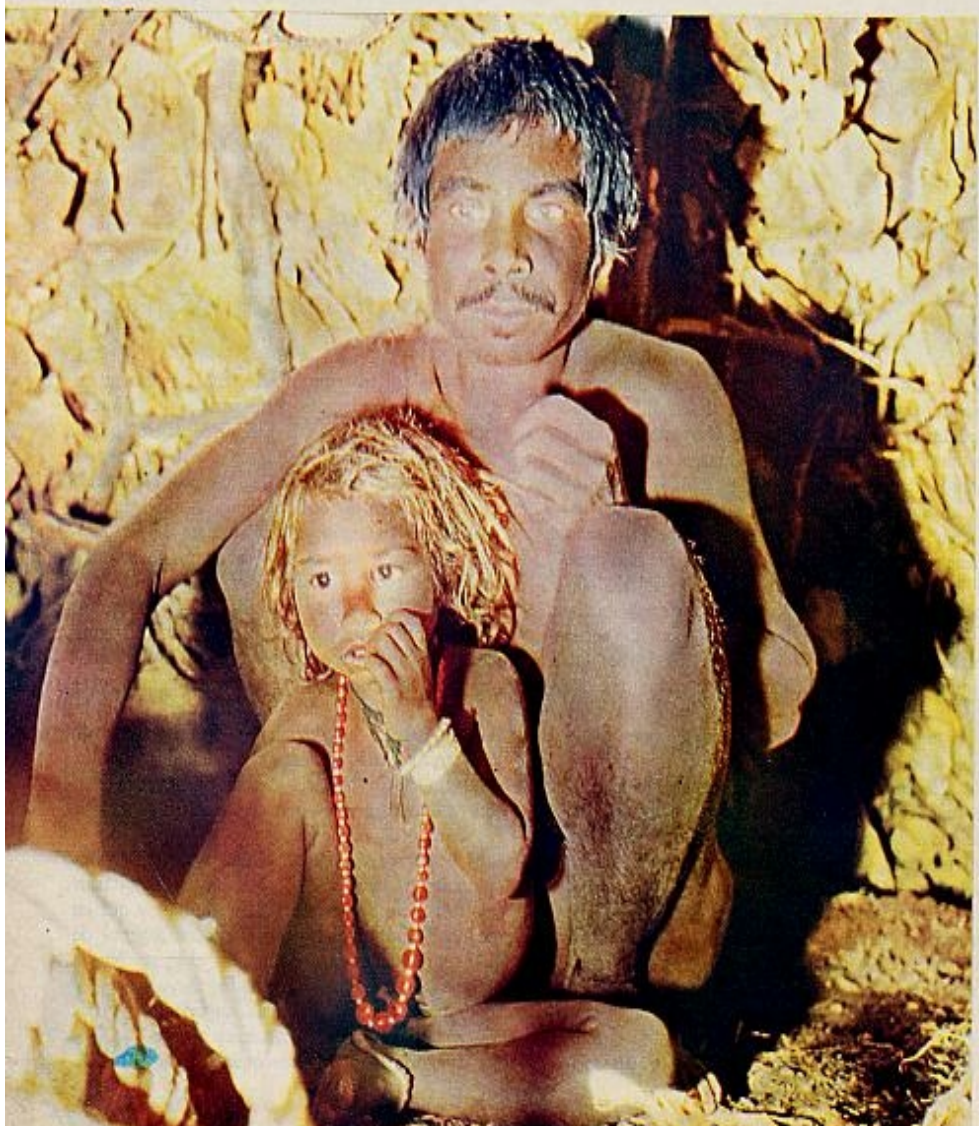
Quería, pues, conocer mejor este tipo de población aislada, situada en las selvas de las colinas de la India central, para poder conseguir completar mi cuadro, para intentar poder comprender más íntimamente las razones de esta puerta que ahora estamos abriendo, que divide la humanidad en dos territorios; en una parte, todos nosotros más o menos evolucionados, y en la otra los pocos millares de aborígenes que han quedado separados y que en la actualidad están en camino de extinción.

Los Birhor no son de aquel tipo de salvajes pintados y belicosos como gusta representarlos cierto género de literatura de aventuras, y que en realidad aún se podría encontrar en algunas de las comunidades más remotas y exigüas (Nueva Guinea, Amazonia, Isla Andamane, Borneo y unos pocos rincones del Asia sur-oriental y África ecuatorial), sino que pertenecen a aque-

SIGUE



Arriba, una muchacha se peina frente a su propia cabaña. Los hombres se peinan con raya en medio. Las mujeres fantasean en sus peinados. Abajo, un padre con su hija. Los Birhor duermen en el suelo, sobre una delgada capa de hojas verdes, lo que no se puede decir que sea una comodidad. Desventaja primitiva.



fensivos, que han vivido naturalmente en paz, como los australianos, los pigmeos, africanos, los bosquimanos, los negritos filipinos, que ante la invasión extranjera han preferido retirarse a territorios más inhóspitos e inaccesibles de su propia región, bosque o desierto, para conservar celosamente su manera de ser y costumbres de la propia tradición. Algunos de ellos han cedido a las lisonjas o a las imposiciones de los nuevos vecinos, poderosos e invasores, y se han dejado absorber mediante un laborioso y con frecuencia penoso proceso de mimetización; otros han opuesto su negativa y han continuado encerrados en su aislamiento, permaneciendo indiferentes o alérgicos a los esfuerzos de los misioneros, y quedando prácticamente abandonados a su destino, siendo definidos (curiosamente) como «irrecuperables». Me he encontrado entre un grupo de Birhor de este último tipo.

Cazadores nómadas y colectores de frutos, bayas o tubérculos producidos espontáneamente en la selva, mis treinta y ocho Birhor (catorce hombres, quince mujeres y nueve niños) representa exactamente aquel típico grupo autónomo y autosuficiente que en el paleolítico superior constituyó el primer grupo organizado de la sociedad humana. Los cazadores eran en el número preciso para su género de caza habitual, con las redes y a batida, las mujeres eran en el número justo para suplir con sus recolecciones las eventuales fallas de los maridos, y principalmente para proveerse de la cantidad necesaria de alimentos durante la estación de lluvias en la que se suspenden las cacerías. Se había formado el grupo para sostener una especie de equilibrio alimenticio en la ayuda mutua; pero aparte de esta relación de necesidad, no existía otra cohesión. Llamaban «tanda» a su campo, pero éste era un vocablo común, no un nombre propio; tanda era cualquier otro campo Birhor. La misma comunidad no tenía nombre, en cambio lo tenían (de flor, de planta o animal) los diversos clan a los que pertenecen las familias. La familia que ocupaba la cabaña vecina a la mía, unos jóvenes esposos con dos hijos, formaba parte del clan Mahua, nombre de una baya silvestre, de la que se extrae un licor. Mas la familia de la cabaña siguiente era un clan diferente, y así en todo el campo. No existían tandas compuestas de un único clan. La razón es sencilla: los matrimonios y las relaciones sexuales están prohibidas, rigurosamente tabú, entre los individuos de un mismo clan. El concepto de clan es todavía hoy discutido por los etnólogos, mas ya que la pertenencia a un clan es casi una forma hereditaria, se puede considerar como un grupo de consanguinidad. Y ciertamente, el tabú sexual entre consanguíneos es uno de los más respetados por casi todas las poblaciones primitivas.

Los núcleos familiares que componían la comunidad dentro de la cual me encontraba, no habían, pues, abdicado de ninguna manera de su propia independencia. La única cosa común era el alimento, que se distribuía equitativamente, cuando había sido procurado conjuntamente. Pero cada uno había construido su cabaña donde mejor le había parecido, y en realidad el campamento era un hecho casual, cada uno era libre de marcharse al día siguiente en busca de otra comunidad, de otra tanda más simpática. **SIGUE**



Los Birhor son muy expertos en la artesanía de la cestería. Aquí vemos un gran cesto de mimbre colgado, en el que se recogen frutas y raíces. También construyen buenos cestos para la pesca.

# EL ALMA FOSIL



# un buen regalo no depende de su precio

Clarin

Hay cosas más importantes que el precio, cuando se va a hacer un regalo. La felicidad de acertar, la satisfacción de descubrir ese objeto

que se identifica con la persona a quien lo destinamos. La alegría de elegir entre mil posibilidades el regalo único que buscamos.



tífica con la persona a quien lo destinamos. La alegría de elegir entre mil posibilidades el regalo único que buscamos.

En Loewe creemos que hay cosas más importantes que el precio. Y dentro de una extensa gama de precios, ofrecemos siempre buenos regalos.

# LOEWE

Únicamente en el cuarto día, cuando me permitieron que fuera a cazar juntamente con ellos conseguí saber quién era el jefe del campo, al que llamaban Naya. Era un hombre de unos treinta años, no muy inteligente, ni más robusto, rico o autoritario que los otros. Su título, comprendí más tarde, era hereditario, y también aquí, como en nuestros monarcas de los pasados siglos, elegido por la gracia de Dios, lo divino entraba de una manera determinante: al Naya no sólo le correspondían funciones de jefe político sino también de sacerdote: los espíritus custodios de la tribu debían, indudablemente, tener mejor confianza en los ministros de una misma línea genealógica, siempre por motivos de sangre. Pasando de padres a hijos los Naya se situaban siempre al vértice de la comunidad, pero quedaban como el emperador Augusto entre sus conciudadanos; *primus inter pares*. Si para el emperador Augusto la calificación de primero entre iguales era una cosa simbólica, para mi Naya Birhor era una cosa real; no recibía el más mínimo honor, ni de sustancias ni de forma. En los últimos días antes de mi partida, sostuve con Naya sacerdotes unos coloquios más íntimos para poder comprender la religión Birhor y todos sus conceptos de delito, juicio y castigo que en los primitivos revisten aspectos sagrados, pero lo que ahora me interesaba saber es que Naya ni siquiera tenía el poder de tomar decisiones graves, válidas para todos. La primera comunidad humana estaba, pues, formada por individuos o núcleos familiares libres, unidos únicamente por una relación de alimentos, de supervivencia. En el fondo no son diversos de las tribus de babuinos de la sabana africana.

De esta forma iba reduciendo el círculo de mi encuesta, para poder llegar cuanto antes a las primeras respuestas sobre lo que me proponía. Pero de momento es preciso seguir de cerca la vida cotidiana de aquella gente. Mis Birhor debieron conocer de alguna manera nuestra civilización, posiblemente a través de los poblados indios repartidos en los confines de su territorio forestal. Los vi utilizar toscas láminas de hierro, las mujeres vistiendo telas de algodón de procedencia extraña, tenían pequeñas reservas de arroz que ellos no cultivaban. En su pequeño nomadismo, típico de los cazadores-recolectores que disfrutan de una zona de territorio, y luego se ven obligados a cambiar para encontrar nuevas fuentes de alimentos, los Birhor se encuentran algunas veces con los poblados de residencia de otras razas (los Ho, los Munda, los Santalos) ya incorporados a la máquina civilizadora, aunque en su más primitivo estado. Habían aprovechado estas oportunidades para hacer intercambios: plumas de pavo real (la jungla del Singhhum es rica en maravillosos pavos) y cuerdas. A fuerza de fabricar sus redes de caza y de perfeccionar la técnica de entretelar las fibras de un árbol, habían adquirido una extraordinaria habilidad para la confección de largas, gruesas y robustas cuerdas vegetales. Sin embargo, no conocen el dinero, y piden en cambio piezas de hierro, collares, piezas de algodón basto, arroz, jarras de barro. No entraban en los poblados, sino que se aguardaban en el límite a una distancia notable, y esperaban silenciosos que se acercaran los comerciantes; las operaciones de intercambio no duraban mucho tiempo como en las compra-ventas orientales, porque los Birhor no saben o no quieren regatear; entregaban y recibían lo que les interesaba, perdiendo algunas veces un ochenta por ciento del valor. Pero como vivían al día, y no habían poseído jamás un patrimonio cualquiera (ni tan sólo la casa, que de cuando en cuando abandonaban para proceder a construir otra idéntica en otro rincón del bosque), no se preocupaban poco ni mucho, con tal que fuera suficiente para satisfacer sus necesidades o sus deseos inmediatos.



Una madre Birhor con sus dos hijos. El menor todavía toma el pecho. Cuando una madre da a luz, toda la tribu Birhor se considera en estado de tabú durante una semana, del séptimo al vigésimo primer día.

Presencí durante algunos días la preparación de las cuerdas; se ocupaban en ello todos los del campo, mujeres, ancianos y niños, cada uno tenía su ocupación precisa. Hasta aquí cada familia pensaba en sí, en una producción propia. Cuando estuvieron terminadas fueron arrolladas en bastones, y por la madrugada los hombres partieron todos juntos hacia un poblado vecino con sus pasos oscilantes y veloces. Regresaron por la tarde del mismo día, después de una marcha de más de veinte kilómetros por caminos a través de la selva. Lo habían vendido todo, no menos de doscientas plumas de pavo real y medio kilómetro de cuerda, y volvían exactamente con tres hojas viejas de cuchillo sin mango, dos tinajas, cinco o seis kilos de arroz, un par de piezas de algodón, tres o cuatro anillos de plata falsa para el adorno de las mujeres.

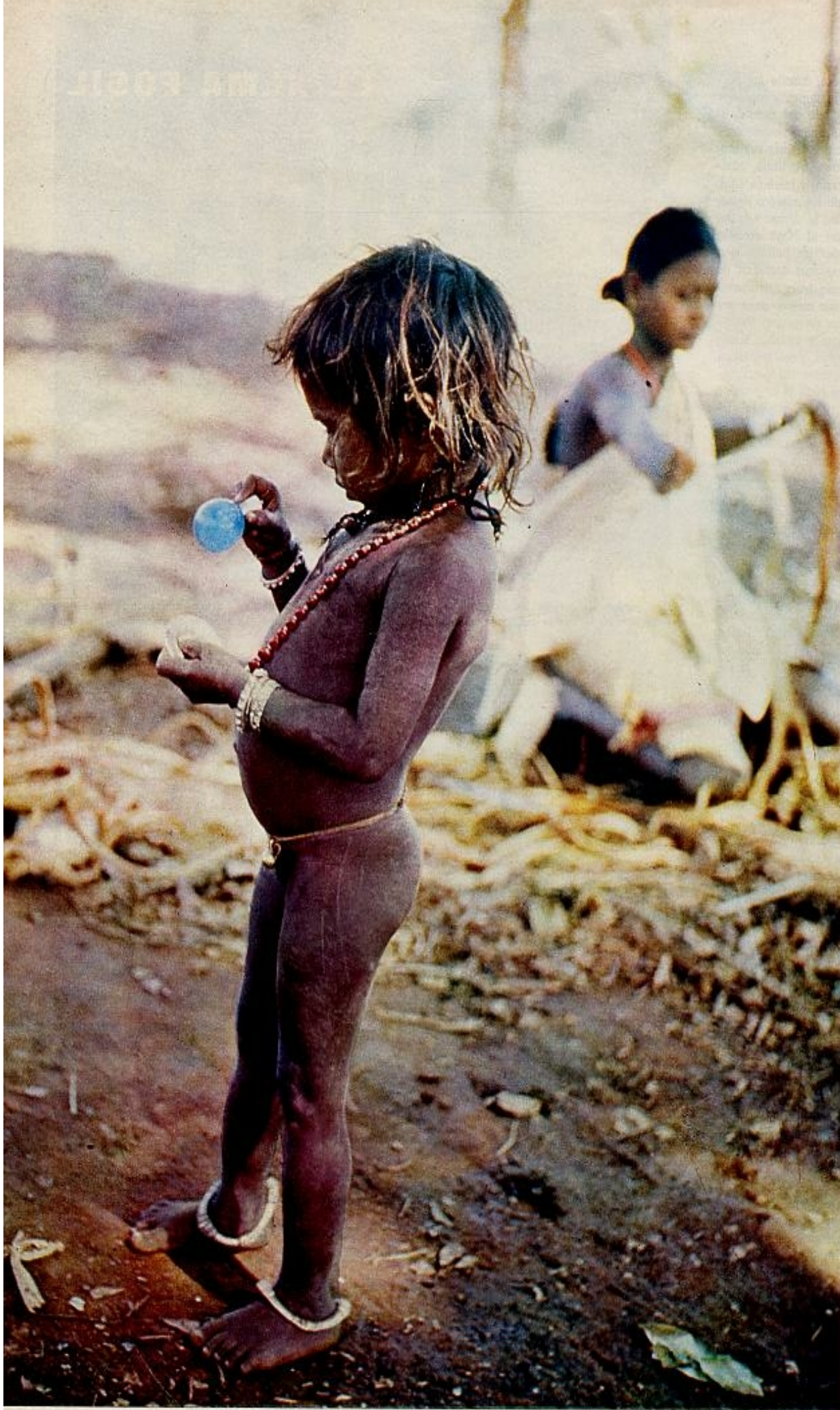
Vi claramente en este punto que las relaciones de los Birhor con las poblaciones extrañas estaban basadas únicamente en las mismas finalidades utilitarias que habían dado a conocer en los contactos conmigo. La mayor confianza que ahora nos unía, la posibilidad mejorada de coloquio a través de los respectivos gestos, de mis dibujos y señales y un cierto número de palabras que había aprendido, no les inclinaba a interrogarme de la misma manera que yo hacía con ellos, sobre el modo de vivir, de trabajar, de casarse, de rezar; mi vida de extranjero, mi manera de ser y de pensar no les interesaba, o tal vez consideraban que era cosa incomprensible, por lo que podían ahorrarse las molestias y fatigas para conocerlo. Del mismo modo, tampoco les interesaba la relación espiritual con las poblaciones vecinas más evolucionadas, con las cuales se limitaban a intercambios puramente materiales. Sin embargo, la raíz de su idioma es la misma, ya que el birhor es un dialecto del mundari, lengua base de todas aquellas poblaciones tribales, desarrolladas o no, en aquella vasta región. Podían, por lo tanto, tener comunicación fácil con las poblaciones circundantes, pero a pesar de este fundamental medio de relación, no habían asimilado casi nada de las culturas exteriores.

En la raíz de este desinterés, de este consciente y voluntario aislamiento, se ha de encontrar aquel sentido suyo connatural de independencia, que en la misma comunidad de la tanga impedía cualquier cohesión espiritual o social entre las diversas familias. También, entre los Maories polinesios, había observado, en las comunidades menos influidas por la civilización occidental, este insuprimible y esencialmente egoístico espíritu de libertad e independencia personal, que llegaba a sacrificar hasta los más estrechos vínculos familiares. Vi a niños de cuatro o cinco años que se marchaban de la casa de sus padres con toda tranquilidad, para pedir hospitalidad en casa del tío, del abuelo, del primo, por un cierto tiempo (a veces años) sin que los padres sufrieran por ello o se molestaran, y sin que las relaciones familiares sufrieran contrariedades. Los Birhor, aunque tuvieran un sentido más marcado de la unidad familiar, no eran diversos por sus sentimientos en el fondo; cada uno obraba para sí, el enfermo de otra familia no despertaba compasión, no era ayudado, esto me recordaba lo que me había explicado Albert Schweitzer en su poblado-hospital africano; su mayor victoria fue convencer a un enfermero indígena de raza galoa que tendiera su mano a los enfermos de raza pahuin. Y yo mismo había preguntado a un pahuin: si te encontraras caminando a lo largo de un río, y vieras un niño galoa que se ahogara, pudiéndolo salvar sin correr peligro, ¿lo harías? No, me contestó estúpidamente. ¿Por qué razón? Porque es un galoa y yo no me meto con ellos.

En el primitivo no hay interés espiritual para el «hombre diverso», que para él, en el sentido que hemos explicado, ni siquiera es verdaderamente un hombre. Y no se trata siquiera de un complejo de inferioridad, de reserva o de vergüenza del humilde al compararse con el rico y poderoso, es más sencillo, se siente y considera «otra cosa». En realidad los primitivos auténticos son, en general, valientes, alegres, emprendedores, amantes del baile y hasta de la poesía, como intentaré referir en un próximo capítulo, mientras que los que han abdicado de su propia inde-

(Continúa en la pág. 45)

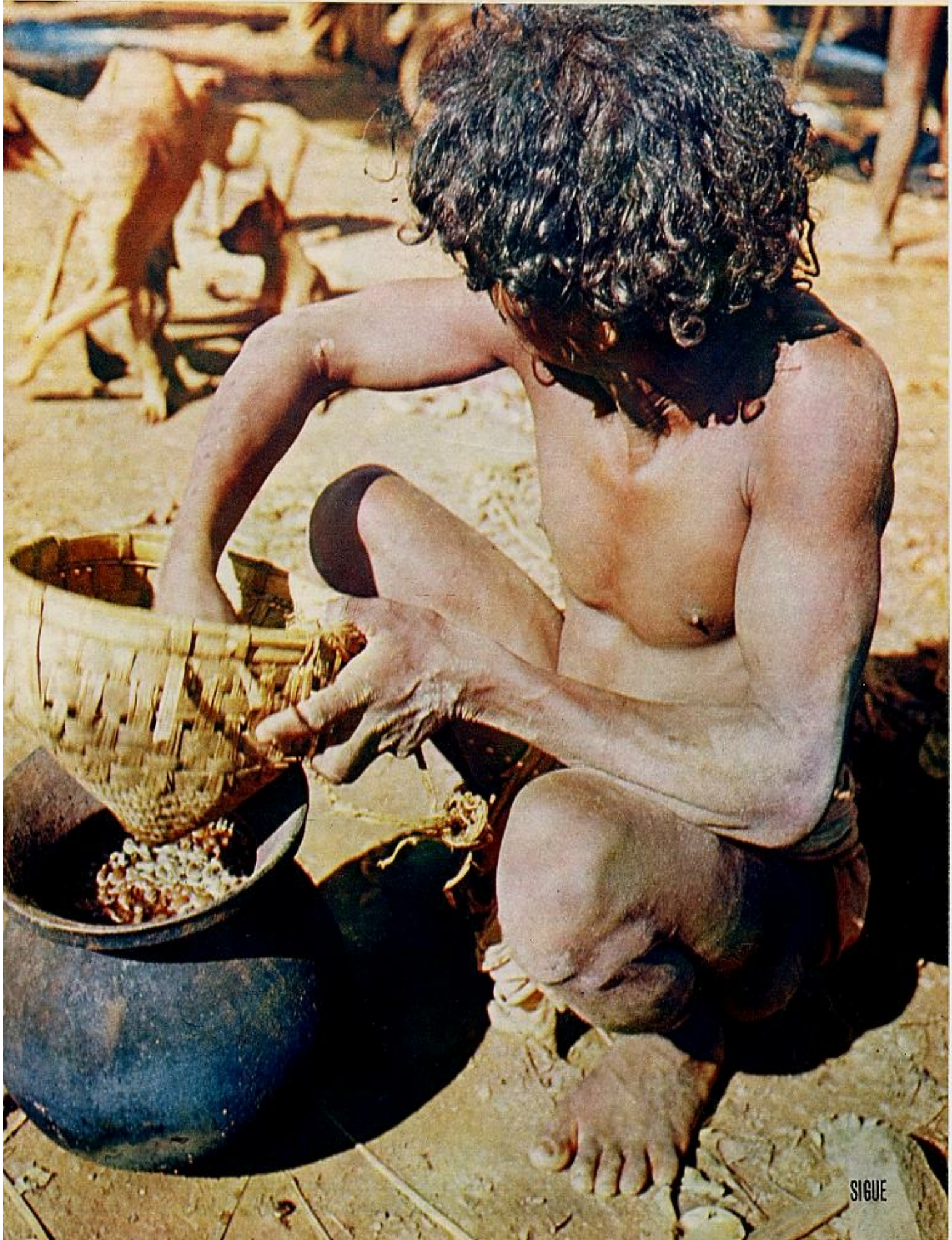




Una niña del poblado observa una lámpara de flash de nuestro enviado, frente a su cabaña. El collar que la adorna procede de un intercambio con el poblado Ho, ya iniciado en una cierta forma de civilización, a un día de distancia del campo Birhor, en la selva.

# FOSIL

Un indígena Birhor criba con gran cuidado los pequeños frutos, parecidos a las uvas, caídos espontáneamente de un árbol llamado mohua, de los que aprovecha su pulpa dulce, densa y jugosa. Exprimidos y debidamente fermentados, dan un licor denso y fuerte que los Birhor beben gulosamente en sus espléndidas fiestas tribales. Estas fiestas, en las que la danza y la bebida forman lo esencial, suelen terminar en borrachera.



SIGUE

# Schweppesssss...



Balena S. A.



## ahí está Schweppes

- al abrirla, Vd. escucha su grata presencia... ¡Schweppes!
- al servirla, Vd. ve su vivo burbujear... ¡Schweppes!
- al beberla, ¡qué inconfundible sabor!... Sabor a tónica ¡sabor de Schweppes!

feliz año mil novecientos sesenta y... **Schweppes**

SI SABE A TONICA ES... TONICA SCHWEPPEES

## EL ALMA FOSIL

(Viene de la pág. 41)

pendencia y de su aislamiento, son, en general, abúlicos y tristes, como los pieles rojas americanos, los bosquimanos o los aborígenes australianos guardados en reservas, como los animales en el zoo, o tal vez como los indios de la Amazonia «irredenta», descritos amargamente en las páginas de *Tropicos tristes*, de Lévi-Strauss.

Mis Birhor se sentían, pues, situados en la otra parte del abismo que nos separa. Su espíritu de independencia les había obligado a escaparse frente al invasor y los había mantenido escondidos y libres; pero tal vez otro factor de no menor importancia determinaba de una manera tal vez definitiva su aislamiento, y era el haber evolucionado siempre lentamente en una dirección única y constante, el encontrarse canalizados en una especialización cada vez más restringida y rigurosa, que les impedía, en la actualidad, cualquier tentativa de aprender nuevas técnicas, nuevos modos de vida. Era la consideración que pude hacer durante el día de cacería, al verlos actuar en un ambiente de su elección, la selva. La caza, nos dicen los antropólogos, desarrolla armónicamente los músculos y los tejidos de las manos, en vez de deformar y engordar como las labores del campo; mis Birhor tenían las manos finas, fuertes, mas de piel delicada, hábiles, bellísimas, y no por falta de motivos eran los mejores tejedores de fibras y cuerdas en toda la India central. No sería posible que de improviso se pusieran a trabajar cavando o maniobrando con el arado como hacen sus vecinos, sin una manifiesta sensación de inferioridad al compararse con los agricultores, que a su vez ya estaban especializados desde generaciones en aquellos trabajos especiales. En la proximidad del poblado de Notherhati, durante mi viaje, vi a una comunidad de Birhor que se había resignado a vivir en cabañas estables y, según criterios, más «modernos»; habían tenido que abandonar la caza, pero su actividad no era la agricultura; continuaban casi desesperadamente tejiendo sus cuerdas, y estaban forzosamente ocupados en venderlas sacando el mayor provecho, ayudados y aconsejados por una especie de asistente social del Gobierno districual. En sus bellísimas y nobles manos corrían las primeras monedas.

Resignado a esta insalvable separación, renuncié el intento de explicar a mis huéspedes lo que quería, con la turbación del que entra en una casa y no es presentado por nadie. Ellos en cambio, me contarian sus fábulas, sus orígenes mitológicos que, como es natural, creen auténticos, sus disposiciones y sus convicciones religiosas; lo hicieron por boca de Naya, muy contentos que un extranjero se interesara por sus acciones. En cuanto a mí, como hombre de la Luna, continué en la luna. Conocí que no había remedio después de este modesto episodio: después de una cura, regalé a un anciano un rollo de esparadráp, enseñándole que con él podía encolar y reparar toda clase de objetos. Al día siguiente vi que se había arrollado la cinta entera sobre un brazo como un brazal. «No es así, le expliqué nuevamente; esto sirve para pegar; es una cosa útil, por ejemplo, para reunir las fibras en la extremidad de una cuerda, o para pegar un objeto roto, como un tam-tam». El hombre me escuchó asintiendo; ya lo había comprendido el día anterior porque no era tonto, pero me dio a entender con su sonrisa que lo prefería así; que yo hiciera lo que me pareciese con mi rollo. Para él el esparadráp era «otra cosa».

Texto y fotografías de GIANNI ROGHI  
Copyright L'EUROPEO  
Agencia INTERSTAMPA

**PROXIMO CAPITULO**  
**LOS HIJOS DEL SOL**

AGUA DE COLONIA



Royale  
Ambree

FAMOSA  
DESDE 1919

... pero antes, un toque  
con

Stick  
DESODORANTE

ROYALE  
AMBREE

LEGRAIN  
PARFUMEUR PARIS